

LA MONTAÑA AZUL

Crónica del visir al-Azraq

JUSTO I. SELLÉS

PREÁMBULO

LA MEMORIA DEL TIEMPO

Poco más de un año me llevó asimilar la pila de documentos que tenía sobre la mesa. Hablaban del siglo XIII, de la conquista de La Montaña¹: el escenario donde discurrió la acción que recoge esta crónica. Durante todo ese tiempo, el abejorro de la curiosidad anduvo zumbando entre las páginas, con tanta insistencia que terminé por leerlas en el monte, con las botas puestas, mientras escudriñaba los lugares donde todo ocurrió: por descubrir el castillo de Perputxent, la sierra de la Albureca, la atalaya de Almarayén; por encaramarme a la cresta de Benicadell y, asomado al balcón del mediodía, contemplar los apretados valles que azulean contra el mar: Guadalest, Seta, Castells, Laguar, Ebo, Alcalà, Gallinera, Planes, Perputxent... mi bien amado Perputxent; por perderme en la blanca Foradà, en sus fortalezas, entre sus riscos, como un pastor musulmán de aquellos días.

Las noticias sobre los violentos sucesos acontecidos en La Montaña me llegaban de modo indirecto y sesgado la mayoría de las veces, siempre por boca de los vencedores; sin embargo, fue esa escasez, parcialidad y sesgo en la difusión de los hechos lo que me animó a novelarlos. Pensé

¹ En tiempos de al-Andalus, bajo la denominación *iqlim al-Yabal* (distrito de La Montaña) se conocían los abruptos territorios que actualmente conforman las comarcas alicantinas más septentrionales, esto es, el mar de montañas y valles comprendido entre Denia y Alicante, entre la serranía de Alcoy y el Mediterráneo.

que aquellos resquicios abiertos en la Historia alimentarían el fuego de la imaginación; y no me equivoqué, que tan encaminado iba, y con tanta pasión lo viví, que me quemé. Me empeñé en conocer los pormenores en la conquista de un territorio declarado en permanente rebeldía donde, muy a menudo, el pacto y la tregua derivaron en traición, destierro y muerte, y en el fragor de la lucha me descubrí enarbolando el estandarte de la media luna. Sí, me alisté en el bando de los perdedores porque creí de justicia contar la versión que las crónicas medievales habían censurado, sin advertir que, al hacerlo, menospreciaba los prejuicios de una sociedad que ocho siglos después aún reniega de sus ancestros y no consiente escuchar.

Recuerdo que llevaba unos meses documentando el universo musulmán del XIII cuando traté de arrancar la acción. Tenía la escena perfectamente enfocada en mi mente, los decorados recién pintados, los actores pertrechados sobre sus monturas, pero al lanzar mis dedos contra el teclado sentí cómo la brida del léxico tiraba de mí, hacia atrás, hasta sacarme el bocado de entre los dientes. Lo reconozco, me enganché en la primera zarza que encontré en el camino, y los personajes, en vez de ayudarme, permanecieron mudos, perplejos, remisos a colaborar. No tardé en tomar conciencia de la situación, en advertir que, aunque la documentación resultaba fundamental para narrar con cierta puntería, había descuidado lo más importante: los protagonistas; ni yo los conocía a ellos, ni ellos confiaban –todavía– en mí.

Comprendí que a diferencia de otras ocasiones donde el autor actúa a modo de Creador, donde los actores emergen del barro de su fantasía y adquieren apodos, personalidad y manías conforme se los modela, en ésta, los protagonistas poseían ya su propia reputación, y antes siquiera de atreverme a pronunciar sus nombres los tenía que destripar: por tragarlos, por digerirlos, por interiorizarlos. Sí, esa fue la obsesión que me ocupó durante los siguientes meses: interiorizar a los personajes, sentirlos, soñarlos, vivirlos: serlos.

Pocos días después salí en su busca con la voracidad del hambriento; y vaya si los encontré...

II

La sugestión es poderosa herramienta que permite infiltrarnos en la piel de otro, comunicarnos con él, viajar a otros lugares, a otros tiempos: experimentar sensaciones que traspasan el umbral de la realidad. Seguramente, la noche sea el mejor momento, el escenario más propicio, para enfrentarse con esta experiencia de búsqueda y regresión temporal. Es justo cuando el mundo se detiene, cuando la oscuridad se adueña del día, cuando el cárabo llora y los astros aparecen en el firmamento, es justo en ese momento cuando, apoyados contra el lienzo de una muralla, o sentados a la entrada de una gruta, o plantados frente a la recortada silueta de una torre, podemos reconocer el palpito de la emoción. Si nos adentramos en un territorio inhóspito y logramos abstraernos del constante paso de los aviones, uno alcanza a sentirse un *Homo sapiens* sentado en la boca de su cueva, un correo romano al que la oscuridad sorprendió en su cabalgada, un visir musulmán asomado al balcón de la noche, fascinado por la redondez de la luna, por el vívido tembletear de las estrellas. Ha sido al abrigo de la oscuridad, en los recónditos valles de La Montaña, donde he sentido bullir las aguas de la intuición, pues allí resuenan todavía el lastimero aullido del lobo y los afinados acordes del laúd, la fídula y el rabel. Sí, busqué a mis personajes en la oscuridad de la noche, y en su sigilo los encontré, agazapados en la

memoria de los tiempos. Unos moraban castillos desolados, poblados desiertos, decrepitas torres; otros erraban por los caminos, o acechaban en las cuevas, o celaban en el monte. No fue una búsqueda sencilla, ni exenta de riesgos, pero la experiencia resultó trascendental, arrebatadora. No, sin emoción no hay historia: no hay historia sin emoción.

No cabe duda, la sugestión es poderosa herramienta que murmura donde las crónicas medievales tergiversan y los archivos no alcanzan a contar, y después de muchos meses revolviendo los documentos del visir al-Azraq comprendí que necesitaba adentrarme en sus dominios, mirar con sus ojos, correr con sus pies, penar con su corazón. Urgía enterrar el mito, desnudar al hombre, interiorizar sus sensaciones: contemplar las mismas puestas de sol que antaño contemplaron sus ojos, los mismos astros girando en el firmamento, la misma luna, el mismo amanecer, el mismo horizonte azul sobre el mar de Denia; caminar las sendas que antaño surcaban sus territorios, beber el agua de sus fuentes, rastrear el florido tomillo en el monte. Andar y oler; parar, sentir y marchar: vivir. Sí, tenía que encontrarme con él, a solas, bajo el cielo estrellado, en las ruinas de la fortaleza de *al-Qal'a*²: su morada.

Subí a *al-Qal'a* mediada la tarde, cargado como un mulo. Acampé en el interior del castillo, y antes siquiera de anunciarme, marché a explorar los alrededores. Desde lejos,

² Actual castillo de Benissili, en el valle de Gallinera, donde la crónica de Jaime I cuenta que el visir al-Azraq tenía *son alberg major*.

al-Qal'a parecía un nido de águilas colgado de los peñascos: sus muros asomaban temerarios al precipicio y los tapiales sobresalían de la roca cual apéndices de la montaña; las torres se levantaban sobre los escarpes, las murallas sobre las crestas, y los edificios aparecían diseminados por doquier –caprichos del relieve– en los lugares más abruptos e insospechados. En su decadencia, *al-Qal'a* semejaba un caos de maleza y desolación, y aun así, cómo intimidaba...

La tarde desfallecía de regreso al campamento y la luna apuntaba gibosa entre los riscos. No quise perderme el espectáculo; me encaramé a la torre más alta y tomé asiento en primera fila, al borde del abismo. El sol declinaba sobre las afiladas crestas de Benicadell, cálido, apacible, y al poco de desaparecer comprendí que había llegado el momento. Busqué el Smartphone que guardaba en el bolsillo, acomodé los auriculares en mis oídos y, mucho tiempo después, la llamada del muecín regresó al valle de Gallinera. A continuación, una voz gutural, engolada, recitó la decimosexta sura del Corán, titulada *El viaje nocturno*: «Loado sea quien hizo viajar a su siervo, por la noche...». Cuando el alfaquí enmudeció, las cumbres de Benicadell ardían en el ocaso: el viajero nocturno estaba preparado.

Dejé que Benicadell aplacara sus demonios, que languideciera, y ya en adelante quedé a solas con la Luna. Me abandoné al encanto de sentirla sobre mi piel, de contemplarla: su luz acariciaba las peñas, tan limpia y melindrosa que hasta los maltrechos perfiles de *al-Qal'a* parecían otros. El cielo se adivinaba profundo, azulado como un mar en calma, y el silencio de la noche invitaba a la introspección, al

desvelo. Casiopea apuntaba por el norte y, sobre *al-Qal'a*, las Osas giraban alrededor de la estrella Polar. A mis pies, la sombra de la torre se quebraba en la profundidad del barranco, y al verme cabalgando sobre ella sentí que mi cuerpo se desdoblaba, que estaba allí, sí, en lo alto del torreón, y al mismo tiempo que deslizaba ladera abajo, entre encinas, romeros y algarrobos, como una piedra. Entonces anhelé que todas aquellas ruinas que me rodeaban tomaran vida: ajusté los auriculares en mis oídos, descansé la mano en mi corazón y supliqué que *El intérprete de los deseos*³ me llevara. Imaginé que en una de aquellas estancias se recitaban los versos de Ben Arabí, y al tiempo que los acordes del laúd me persuadían, cerré los ojos y quise ver. La noche olía a cordero, a canela, tomillo y romero, y a mi espalda, el calor de una hoguera me acariciaba. En la lejanía, el reclamo del cuco desfallecía en su paradero, huraño, apenas un susurro sobre la música, y fue al atender su llamada cuando advertí que no estaba solo, que alguien me acompañaba. Su voz sobresalía entre el crepitar de la leña, armónica, poética, azul, como una letanía que aturde la razón y la extravía. Sí, la noche olía a cordero y el calor de la hoguera me amansaba. Fue el humazo, el humazo azul que me ahogaba y envolvía, y el resplandor de aquella fogata azul que danzaba en mis párpados, que esbozaba sombras y las desvanecía; y fue también el lastimero recitar del trovador quien me obligó a apretar los ojos y abandonar mis sentidos al viento, al azulado viento de la noche azulada. Y al punto de abando-

³ Colección de poemas de Ben Arabí (Murcia, 1165 - Damasco, 1240), extraordinariamente interpretados por Omar Metioui y Eduardo Paniagua, quienes ponen voz y música a los versos del mayor referente del sufismo de al-Andalus.

narme intuí la presencia de cuantos atendían aquellos versos, y los descubrí al otro lado de la hoguera, callados, recostados sobre almohadones, velados por el humazo, por el humazo azul que todo lo envolvía. La noche olía a cordero, a cordero deliciosamente especiado. Y cómo se relamían...

El reclamo del cuco se escuchó de nuevo en su paradero, y al abrir mis ojos todo se desvaneció. La luna continuaba allí, apaciguando los peñascos perfiles de *al-Qal'a*, pero *El intérprete de los deseos* callaba junto a mi oído y no quise resignarme a su silencio. Salté de mi asiento, me encaramé sobre la muralla y me abracé a la más anciana de las almenas; y así, con la frente apretada contra el tapial, marcándolo en mi piel por alcanzar su sabiduría, la fría piedra me reveló el nombre del trovador y de cuantos acompañaban al visir aquella noche.

Ahora sé que no fue una ensoñación, que todo cuanto presentí en *al-Qal'a* sucedió el verano de 1254, el mismo día que Alfonso X entregó a al-Azraq los pendones de Castilla.

Después de pernoctar en la morada del visir al-Azraq, de mostrarme a él, de interiorizar sus sensaciones, estaba preparado para que Abú al-Qasim me contara; sin embargo, todo cuanto sabía de quien en adelante sería mi confidente me venía de oídas, de una carta que el visir escribió a la reina Violante, que decía: (...) *He encargado a mi hombre de confianza, el alcaide excelso, honorable, elevado, perfecto, virtuoso, Abú al-Qasim ben Hilal, para que tome vuestra mano y, en mi nombre, la bese. Le encargué lo que os debe*

*decir; así pues, confiad en él, pues habla por mí y lo que él os proponga, yo lo expongo (...)*⁴. Nada más sabía de Abú al-Qasim que lo expresado por el propio puño y letra de su visir; sin embargo, la primera vez que al-Qasim me habló, supe reconocer la merced que al-Azraq me hacía. Cierto es que al principio me costó entender el idioma de lo sustancial que hablaba mi confidente, el mismo que hablan los astros y las piedras, el que murmura el agua, el que trina el pájaro; el idioma del bosque, del viento, de la lluvia, del tiempo, aquel que sólo se entiende con el corazón porque, para decir, no precisa palabras.

Un día, al poco de regresar de *al-Qal'a*, al-Qasim me tomó del brazo y me llevó hasta el despeñadero: «ven, cierra tus ojos y mira: sólo los incrédulos necesitan sus ojos para ver». Y al punto de cerrar los ojos sentí la emoción del jilguero en la copa del ciprés, el temor de la cría que alborota sus plumas en el nido momentos antes de saltar, y me vi de niño, sentado sobre la cama, contemplando a los jilgueros saltar al otro lado de la ventana. Sí, Abú al-Qasim me enseñó el idioma de lo sustancial asomado a la ventana del instinto, y fue así cómo aprendí a reconocer el palpito de la emoción abrazado a los árboles, a las rocas, cómo distinguí la llamada de mi destino de entre cuantas resonaban en la noche de los tiempos. Desde aquel día no hubo una sola incursión donde al-Qasim no me susurrara al oído, y estando con él tuve los sentidos más despiertos y la intuición más afilada que nunca.

⁴ Traducción de un fragmento de la carta que al-Azraq remitió a la reina Violante, esposa de Jaime I, con motivo de un supuesto intercambio de mensajeros. Fechada el 10 de marzo de 1250. Archivo de la Corona de Aragón, Cartas Árabes, 154.

III

Al poco de conocernos, al-Qasim me llevó a recorrer los lugares de Perputxent: el valle donde nacimos. Quiso mostrarme la atalaya de Almarayén⁵, el ojo que vigilaba al enemigo, donde comenzó todo; y allí, encaramados a las cumbres de Benicadell, destacados sobre las huestes infieles en el valle de Albaida, oteamos los confines de La Montaña. Rastreamos la fortaleza de Játiva en la distancia, y cuando la avistamos, mi acompañante apuntó su dedo hacia el norte, agravó la voz, y me habló de los más oscuros días que vivió al-Andalus, de cómo las huestes del Tirano⁶ se abalanzaron sobre ellos como una jauría de perros. Me habló también del visir al-Azraq, del día y el lugar donde se conocieron, de sus vivencias, de sus desvelos, y al referir el castillo de Rugat⁷ y los hechos que allí acontecieron, comprendí que las crónicas medievales eran un cuento.

No quiso al-Qasim concederme un respiro, y después de descubrirme los lugares de Perputxent, de presentarme a sus gentes, de pasearme por sus huertas, aldeas y caminos, cruzamos la sierra de la Albureca y nos plantamos en el

⁵ Se trata de un fortín sobre la dorsal oriental de Benicadell –a dos aguas entre los valles de Perputxent y Albaida– que mediado el siglo XIII funcionaba a modo de atalaya en la vigilancia de los movimientos de las huestes feudales al norte de Benicadell, en el área oriental del valle de Albaida.

⁶ Así denominaban los andalusíes, entre otros epítetos, a Jaime I.

⁷ El castillo de Rugat se levanta sobre una colina en las estribaciones nororientales de Benicadell, esto es, del lado del valle de Albaida.

vecino valle de Gallinera. Algunos de los rincones donde al-Qasim me llevó ya los conocía de otras incursiones, pero qué diferente resultaba encumbrarse de nuevo a los peñascos y contemplar la tierra con el corazón. Sí, conocía bien aquellos paisajes, mas apenas sabía nada de los aciagos acontecimientos que en Gallinera ocurrieron; y a eso fuimos.

Fueron siete los días que allí estuvimos, los suficientes para rastrear el ocaso del visir al-Azraq. Supe de pactos, deslealtades y conspiraciones, de acciones emprendidas a la desesperada, de cabalgadas, deserciones y conveniencias, y conocí los detalles de un final que estaba escrito. La documentación me encaminaba hacia una tragedia cuyos entresijos rehusaba desvelar, y fue Abú al-Qasim quien, asomado a los balcones de Gallinera, me descubrió las miserias de la vida. Su voz sonaba triste, y no era para menos: aquel valle fue principio y fin, nacimiento y muerte, felicidad y amargura. Sí, muchos sentimientos convergían en aquellas montañas...

A esta segunda incursión siguieron otras muchas, tantas como valles esconde La Montaña en su tan intrincada orografía. Subí montañas, atravesé barrancos, visité poblados, torres y castillos, siempre tras el ocaso, siempre de la mano de Abú al-Qasim: mis ojos, mi intuición, mi guía. Y fue así cómo después de conocer el desenlace encontré el pulso para escribir. No quise aligerar el relato de mi confidente ni quitarle un ápice de gravedad, de modo que lo referí tal cual me llegó, tan directo y en primera persona que me vi con la pluma entre los dedos, desconcertado, ejerciendo de escriba. Desde entonces ya nada me detuvo, y en adelante la

escritura fluyó al dictado de Abú al-Qasim ben Hilal: sincera,
amarga, sentida.

Así lo viví, así lo soñé, así lo escuché: así lo escribí.